

De la Universidad al Ejército

MARIA JOSÉ GARCIA LOPEZ
Alférez de Aviación

ANTES de ingresar, para mí el ejército no era más que esa idea estereotipada de un conjunto de soldados dirigidos por un jefe militar. Por ello nunca me hubiera imaginado a mí misma vestida de uniforme y dentro del entorno castrense. Nada más lejos de mí quedaba, porque eso de la milicia era para los chicos y tal vez para ciertas chicas con unas aptitudes físicas excepcionales.

Fue al acabar mis estudios de Informática cuando surgió en mi vida por casualidad la posibilidad de ingresar en el Ejército. Digo que fue una casualidad porque este hecho nunca me lo había planteado, no era algo que estuviera entre mis expectativas de futuro, simplemente apareció y yo lo acepté.

Una compañera de la facultad me dijo que estaba preparando oposiciones para el Ejército pues habían convocado plazas para informáticos. Ella me animó a presentarme y así lo hice. Cuando cursé la instancia de ingreso, en ningún momento pensé en lo que podía suponerme como mujer pertenecer al Ejército, esta institución masculina por excelencia. Nunca valoré los aspectos a favor ni los aspectos en contra de llegar a estar entre una notable minoría de mujeres frente a los hombres y tampoco pensé en el régimen y en la disciplina militar. Sencillamente buscaba un puesto de trabajo en donde poder realizarme profesionalmente tras los largos años de estudio y supuse que nada podría resultar más interesante que trabajar en los sistemas informáticos del Ejército.

La noticia de presentarme a unas pruebas para ingresar en el Ejército sorprendió muchísimo a mis padres y al grupo de amigos y amigas de toda la vida. Esta actitud de sorpresa era lógica pues realmente todos ellos que me conocían bien nunca antes me habían oído decir que yo tuviera vocación militar o que me gustara el Ejército de tal manera que aspirara a pertenecer al mismo algún día.

Mis padres, familiares y amigos sabían que mis aspiraciones profesionales estaban en la docencia: yo siempre había querido ser profesora. Cuando me presenté a las pruebas de ingreso en el Ejército fue justamente en la época en que yo estaba preparan-



Aprendiendo a ser profesionales.

do las oposiciones a enseñanza. Estas oposiciones de enseñanza las dejé a un lado y puse los ojos en las pruebas del Ejército. Fue el cambio repentino de unas oposiciones por otras lo que causó mayor confusión entre todos los que me rodeaban. Todos comentaban que cómo era posible que de pronto hubiera roto con aquellos esquemas e ideas que a lo largo de los años me había ido trazando para tomar un camino totalmente distinto. Además el hecho de que mi nueva idea fuera precisamente la de ingresar en el Ejército incrementaba más aún la confusión. Mis amigos me decían que lo militar no era lo mío, que me iba a encontrar fuera de lugar en el ámbito castrense y que me estaba equivocando. Les parecía absurdo verme dentro del Ejército, entre otras cosas porque desconocían la gran diversidad de líneas profesionales que éste ofrece. Yo, por mi parte, cada vez estaba más animada y cada vez veían con más claridad lo interesante de esta profesión.

Una vez dentro del Ejército cambian las concepciones que desde fuera una persona que lo desconoce puede tener de él. Es entonces cuando comprendes que en esta institución se requieren buenos profesionales (que más da que sean hombres o mujeres) bien capacitados para llevar a cabo un buen sistema de defensa.

Lógicamente antes de ejercer profesionalmente todo aspirante al ingresar en el Ejército debe supe-



rar previamente un período de formación. Este período de formación se divide en dos partes:

- La primera, el período de formación militar.
- La segunda, el período de formación específica.

Describiré mi experiencia como mujer en cada uno de ellos.

En el primer período de formación, es decir, durante el tiempo que te instruyen militarmente, fue cuando como chica me pude sentir más frustrada. Este período requiere por parte de la persona una muy buena preparación física, mucha resistencia y en definitiva bastante fuerza. La mujer, salvando excepciones, es más bien débil y frágil por naturaleza y a causa de ello le cuesta más que al hombre superar las pruebas físicas. Sin embargo con entereza y entrenamiento esto se puede conseguir. Personalmente yo tuve que prestar bastante dedicación a la preparación y al entrenamiento físico. La capacidad física era la meta que más me costaba alcanzar y por ello puse un empeño especial en prepararme para las pruebas de aptitud física. De tal empeño en la preparación física ha surgido en mí una gran afición por el deporte, afición que antes no había descubierto.

Los compañeros de promoción nos trataron a las chicas muy bien, eran conscientes de nuestra desventaja física y nos alentaban reconociendo a veces que nos admiraban por la firmeza y el aplomo que estábamos demostrando.

Esto es así porque en los momentos más difíciles, cuando una mujer se ve delante de tantos hombres, se deja la piel para que su condición femenina no haga que quede por debajo de nadie y para que en ningún momento se le reproche nada.

Tras el período de formación militar llega el de formación específica. En este período de formación es cuando empiezas a ejercer tu profesión propiamente dicha. En mi caso fue cuando yo comencé a trabajar como informática.

¿Qué siente una mujer al llegar destinada a una unidad?

Yo al llegar por primera vez a mi destino no llevaba en mente el hecho de ser una chica. Sólo pensaba que por fin iba a realizar una tarea para la que me había estado preparando durante los cinco años anteriores y tenía un gran deseo de entrenarme laboralmente. Lo único que me importaba era aplicar y sacarle el máximo partido a toda la información previa que había recibido en la facultad.

Sin embargo, los demás compañeros de la unidad veían principalmente en mí, con sorpresa, el hecho de que era una chica entre todos ellos y en un segundo plano vislumbraban que era un profesional más.

Esta idea no sólo duró los primeros días sino que incluso se prolongó hasta que pasaron unos cuantos meses y por fin todos lograron acostumbrarse un poco a mi presencia. En aquellos momentos, en cualquier paso que yo daba, notaba cómo era singularmente observada y cómo extrañaba y asombraba la aparición de una mujer en el Ejército.

Cuando una chica llega a una unidad encuentra mucha delicadeza y mucha atención en el trato. Todo el mundo está directa o indirectamente pendiente de ella. Cada vez que un compañero se dirige a ella o a un grupo donde está ella siempre mide sus palabras e intenta ser lo más educado y atento posible.

En ningún momento la mujer se encuentra sola. Profesionalmente todos los compañeros están dispuestos a colaborar con ella. Si le surge cualquier dificultad, obstáculo o problema siempre encuentra a alguien dispuesto a ayudarla. Por tanto he de decir que la mujer encuentra, por parte del hombre, bastante compañerismo en el trabajo. Y aún diría más, creo que la mujer encuentra en el trabajo una forma especial de compañerismo. Quizás se dirija demasiado interés hacia ella.

Por otra parte la mujer está muy protegida en el Ejército. El hecho de ser su presencia más bien escasa contribuye a que se tenga con ella una consideración diferente.

Tras el paso del tiempo, y con el trato cotidiano se pasa un poco la novedad que supone la presencia de una chica en el Ejército y todos tus compañeros consiguen verte como lo que eres, una profesional más, entonces comienzas a sentirte como un componente real del grupo de trabajo. Demuestras

tu valía en función de tus conocimientos, tus habilidades, tu saber y tu disponibilidad para realizar tu cometido y se deja a un lado completamente el hecho de que seas una mujer.

La unidad donde actualmente me encuentro destinada es un centro de enseñanza por lo que ahora me estoy dedicando a la labor de la docencia. Gracias a mi papel de profesora estoy teniendo la doble oportunidad de experimentar cómo se comporta tanto un compañero de trabajo con una chica como un alumno que está bajo su potestad docente.

Desde una perspectiva y desde la otra tengo que decir que no he tenido en ningún momento dificultad alguna para desarrollar mi labor.

Mis compañeros del departamento de profesores, que ya me conocen, me tratan muy bien, como una persona más. No encuentro especial diferencia entre el trato que profesionalmente tengan conmigo y el que haya entre ellos. Aquí cada profesor se dedica a preparar sus respectivas clases y a impartirlas. Como se puede observar el trabajo que se realiza es, de esta forma, muy personal. Cada individuo trabaja en lo suyo y raramente necesita interferir con los demás. Si en algún momento hay que consultar o compartir con otro profesor o profesores cuestiones sobre el temario y el alumnado se hace con total normalidad: no soy más que una profesora del departamento, nadie piensa que soy una mujer y ni siquiera que soy la única mujer. Yo tampoco me doy cuenta de ello en ningún momento de la jornada. Considero que es como si estuviera trabajando en cualquier otra empresa en donde indistintamente hubiera la misma proporción de hombres que de mujeres.

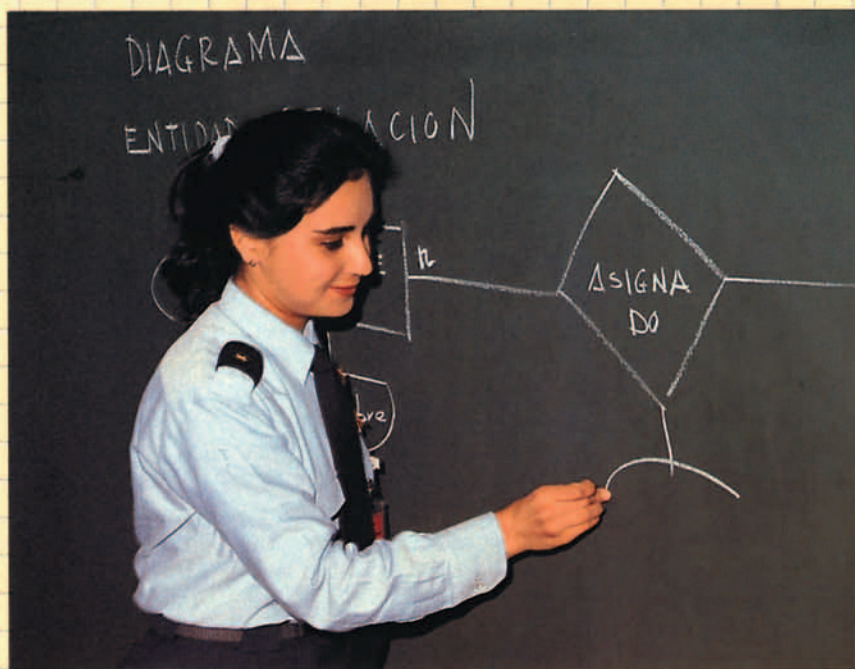
En este trato de mis compañeros hacia mí, que tiende a ser cada vez más natural y marca menos diferencias que al principio, considero que influyen sobre todo dos factores:

El primero es que en el departamento en el que estoy trabajando hay compañeros que incluso han estudiado conmigo en la facultad, por lo que me conocen desde hace tiempo y me ven más que como una mujer militar como lo que siempre he sido: "Una amiga y compañera de estudios de hace años"; y entienden y son conscientes de que en el mundo laboral tengo la misma preparación que ellos y puedo desempeñar los mismos papeles sin dificultad añadida.

El segundo es que el resto de los compañeros que me rodean son por regla general bastante jóve-

nes y asimilan sin asombro que en nuestra sociedad actual una chica sea militar, además advierten que mi labor de profesora es perfectamente asumible por una mujer que tenga los requeridos conocimientos de las asignaturas que va a impartir.

Los profesionales de la "antigua escuela", donde aún no se le permitía a la mujer pertenecer al ejército y que han trabajado durante tantos años sin la presencia femenina, son los que más se sorprenden al verme participando junto a ellos en las tareas dentro de esta institución. He de hacer constar que esta actitud de sorpresa es siempre positiva, se les ve muy receptivos hacia la incorporación de la mujer en el Ejército y sobre todo son los que más deferencias tienen con las chicas.



"El hecho de ser una chica no me ha generado ninguna dificultad adicional a la hora de desarrollar mis clases".

De vez en cuando los compañeros bromean conmigo con algún "chiste" machista, pero estas no son situaciones distintas a las que cualquier mujer pueda encontrar fuera del Ejército.

Los alumnos "funcionan" prácticamente solos, al menos los míos, me tratan con mucho respeto y el hecho de ser una chica no me ha generado ninguna dificultad adicional a la hora de desarrollar mis clases. Debo resaltar que los alumnos a los que yo doy clase estudian bastante y se interesan muchísimo por las asignaturas y por aprender.

En el centro, todos los profesores, aparte de preparar e impartir las clases, realizamos cíclicamente un servicio adicional llamado "Profesor de Servicio". Consiste en hacerse cargo del escuadrón de alumnos durante una semana para atender todos los asuntos extraescolares relacionados con el alumnado (reconocimiento médico, permisos, sanciones, el



Aparte de preparar e impartir las clases, se realiza cíclicamente un servicio adicional llamado "Profesor de Servicio".

mando de las diversas formaciones, acompañarlos en las comidas... etc...). Tal vez sea este servicio el que me suponga, como mujer, un poco más de dificultad, no por lo complicado del mismo sino porque considero que para ponerme al frente de todo un escuadrón necesito un poco más de preparación militar. Es aquí cuando echo en falta que el primer período de formación, referente a la instrucción militar, hubiese durado un poco más, a pesar del es-

fuerzo que a mí me costaba superar día a día cada una de las actividades programadas. Sin embargo, he de decir que los alumnos que hacen conmigo el servicio me ayudan muchísimo y me facilitan en todo lo posible el trabajo.

Por ello todas mis expectativas y aspiraciones están puestas actualmente en seguir dentro del ejército durante muchos años.

Mis padres me ven tan contenta en el trabajo dentro del ámbito militar y tan satisfecha profesionalmente que se alegran muchísimo de que mi opción haya sido el Ejército.

Los amigos a los que cuento mis experiencias y mi labor profesional, los que al principio se mostraban reticentes a que yo fuera militar, cada vez entienden mejor las finalidades del Ejército y cómo funciona esta institución. Por ello van aceptando mejor mi condición militar, e incluso me piden información sobre las oposiciones y las distintas modalidades de acceso al Ejército.

Por último, para terminar, tengo que añadir que mi experiencia como mujer en el Ejército la considero muy positiva porque me estoy realizando profesionalmente de forma estupenda. He tenido la gran suerte de encontrar un destino donde ejerzo de profesora, aspiración que durante toda mi vida había anhelado. Y además toda persona que se ha cruzado en mi camino, me ha tratado de forma espléndida, hecho que agradezco profundamente. ■



Una profesional de la enseñanza.